

XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2024.

Angustia: el objeto sin sombra.

Anello, Melisa Solana.

Cita:

Anello, Melisa Solana (2024). *Angustia: el objeto sin sombra*. XVI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXXI Jornadas de Investigación. XX Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. VI Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. VI Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-048/258>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/evo3/Gzd>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ANGUSTIA: EL OBJETO SIN SOMBRA

Anello, Melisa Solana

Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina.

RESUMEN

Usando las máscaras del temor y ajustando un tiempo que se detiene o un espacio en derrumbe, la definición de la angustia que nos brinda la Real Academia Española parece dar cuenta del intenso trabajo llevado por los hombres para poder definir aquello que no encuentra equivalencia en las palabras. Su intensidad denuncia la presencia de algo extraño; vulnera el trato familiar que hasta allí- quien se ha enfrentado a ella- le otorga al sufrimiento. Esa presencia anómala y hostil irrumpe, para imponernos brutalmente la certeza de que ya no somos quienes creíamos ser, y hacer evidente una fractura primordial que nos devuelve a la huella común de lo humano: nuestra mortalidad. Si atendemos a la opacidad de la angustia ¿Cómo hablar de lo que no puede ser designado? ¿Cómo formalizar la emergencia de la angustia en la clínica?

Palabras clave

Angustia - Existencialismo - Ternario freudiano - Coordenadas lacanianas

ABSTRACT

ANGUISH: THE OBJECT WITHOUT A SHADOW

Using the masks of fear and adjusting a time that stops or a space in collapse, the definition of anguish that the Royal Spanish Academy gives us seems to account for the intense work carried out by men to be able to define that which does not find equivalence in the words. Its intensity denounces the presence of something strange; It violates the family treatment that until then - whoever has faced it - gives to suffering. That anomalous and hostile presence bursts in, to brutally impose on us the certainty that we are no longer who we thought we were, and make evident a primordial fracture that returns us to the common trace of humanity: our mortality. If we pay attention to the opacity of anguish, how can we talk about what cannot be designated? How to formalize the emergence of anxiety in the clinic?

Keywords

Anguish - Philosophy - Freudian ternary - Lacanian coordinates

La angustia y el eclipsamiento del Sujeto

Usando las máscaras del temor y ajustando un tiempo que se detiene o un espacio en derrumbe, la definición de la angustia que nos brinda la Real Academia Española parece dar cuenta del intenso trabajo llevado por los hombres para poder definir aquello que no encuentra equivalencia en las palabras. Su intensidad denuncia la presencia de algo extraño; vulnera el trato familiar que hasta allí- quien se ha enfrentado a ella- le otorga al sufrimiento.

Esa presencia anómala y hostil irrumpe, para imponernos brutalmente la certeza de que ya no somos quienes creíamos ser, y hacer evidente una fractura primordial que nos devuelve a la huella común de lo humano: nuestra mortalidad.

Si atendemos a la opacidad de la angustia ¿Cómo hablar de lo que no puede ser designado? ¿Cómo formalizar la emergencia de la angustia en la clínica?

Inicialmente debemos estar advertidos que el término angustia no se enuncia por primera vez en la voz o en la escritura de teóricos; sino que se trata de una noción que les preexiste ampliamente y que lleva siglos de producción antes de la elaboración filosófica o psicoanalítica. Si atendemos sólo a la cuna de occidente, la encontramos en los imperios griego y romano hasta nuestros días, convertida en arte o plegaria, objeto de la ciencia o índice de modernidad. Por lo tanto, el objetivo de este texto es caminar la historia de este término tomando como guía las primeras indicaciones que nos dejó Lacan en su décimo seminario. Partimos destacando la comunión entre angustia y tragedia durante el apogeo del mundo helénico. Cuando revisamos la aflicción humana desde cualquiera de sus aristas, repensar a los dramaturgos griegos es una tarea obligada. Los griegos se encontraron, a partir de este género literario, con la duplicidad inherente al hombre, con el desgarramiento originario del ser. Aristóteles decía que el secreto del entramado trágico consistía en atar y desatar. *Desis* y *lysis*. Los modernos resguardaron esa referencia en el término psicoanálisis. El mito trágico es un relato simbólico que revela un núcleo irreductible a las palabras. De allí nuestro interés de regresar a aquel momento inaugural. En segundo lugar proponemos un acercamiento al pensamiento filosófico: ubicando los máximos exponentes que se pronunciaron sobre el tema; y las candentes polémicas que se mantuvieron entre ellos y los precursores del psicoanálisis. En tercer lugar, nos detendremos en la faraónica obra de Freud. En efecto, reconocemos en su prolífica escritura numerosas referencias sobre el término angustia. Delimitaciones concep-

tuales que revisaremos desde los virajes y trastocamientos que hace Lacan en su décimo seminario.

Finalmente concluimos con las formalizaciones lacanianas en torno al concepto de angustia- atendiendo con especial interés los efectos disruptivos que ocasiona la invención del objeto *a* dentro de la misma. Es importante subrayar cuál es el eje conductor del texto: La angustia como orientadora en la dirección de la cura. Hacia allí nos dirigimos.

Héroes errabundos:

Los griegos, indiscutibles precursores del saber occidental, advirtieron que la angustia, para quien es abrazado por ella, es incuestionable como afecto e inabordable para el sujeto del lenguaje; la angustia confirma la claudicación de la palabra como negación del silencio, y a la vez, constituye el triunfo de la certeza como manifestación suprema del abismo.

En las tragedias, como forma literaria, se contornea la caída al vacío con toda su crudeza. Encontramos en múltiples obras el tesón griego de respresentar aquello imposible de subir al escenario, un esfuerzo de atravesar el límite infranqueable a partir del despliegue discursivo.

Recordemos la líneas de Eurípides en el falicidio de Medea:

¡Pero cuán me estremezco! Cuán helada la sangre ya discurre por mis venas! ¡cuán perverso mi corazón se turba! Ay, mis iras de súbdito amengua y la venganza de la esposa el puesto a los afectos de la madre dejan! ¿y que, la sangre de mis propios hijos, de los seres que traje yo a la tierra, pudiera yo verter? ¡Delirio infausto! ¡Oh vértigo fatal! ¡Locura horrenda! Cuán lejos fui [...] mis infelices hijos ¿qué han hecho? ¿Y cual su crimen es? Es que tuvieron por padre a ese Jason y por su insensata madre a esta Medea!(431 a.C)

Respecto a la tragedia, Lacan sintetiza que la articulación del deseo con el acto trágico, implica el triunfo del ser para la muerte, interpretando el grito de Edipo como un *mejor no ser*, donde, paradójicamente, el rechazo asume el ingreso del sujeto en la lógica significativa. (Glasman, 2001)

Sófocles reivindica la división cuando Edipo desgarrado proclama: ¡Ay, ay! Todo era cierto, y se ha cumplido. ¡Oh luz, por última vez puedo verte, que hoy se me revela de que he nacido de quienes no debí, de aquellos cuyo trato debía evitar, asesino de quienes no podía matar! [...] ¡Nube hay de sombra, abominable que sobre mi te extiendes, indecible inaguantable, movida por vientos que me son contrarios! [...] ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Ay desgraciado de mí, infeliz! ¿A dónde voy? ¿A dónde arrebatada vuela mi voz? Destino mío ¿a dónde me has precipitado? (430 a.C)

Sin embargo, *restaurar el personaje es un modo de calmar la angustia*. (Ritvo, J.,2021) Como dijimos anteriormente, en los guiones trágicos se rodea el asunto; ya que no se trata solo de la imposibilidad de que lo propio del asalto angustioso devenga público, sino el riesgo de una desfiguración objetiva. En la representación, las palabras y las imágenes hacen rendir a la angustia al medio común del lenguaje, la disipan hasta su

crepúsculo. La angustia expresada ya deviene afecto engañoso, devaneo vacilante, horror o llanto.

Preludio filosófico: la angustia existencial

La angustia puede aumentar en las situaciones más inofensivas. No se necesita tampoco de la oscuridad, en la que a uno normalmente se le vuelve inquietante todo más fácilmente.

De manera destacada en la oscuridad no hay ‘nada’ que ver, *si bien el mundo todavía y con mayor insistencia está ‘ahí.’* (Heidegger, 1927 p.189)

Blanchot unió la filosofía con la literatura bajo el nombre de *Disciplinas sin derecho*; Ritvo ubica en esta clasificación con comillas, al Psicoanálisis. De las tres, ninguna puede aspirar a un lenguaje público, unidireccional, funcional. (Ritvo, 2021). Exigen, inexorablemente el borramiento de quien asume el discurso: podrían decirlo todo, pero no tienen el poder de decirlo, es un posible sin poder, o podríamos agregar, es un poder que se sostiene a condición de no ejercerlo, es un poder que se dibuja a partir de un agujero; ubíquese allí al filósofo, al escritor o al analista: El filósofo no tiene derecho a su título, es siempre el hombre de una doble palabra: está eso que él dice y que es importante, interesante, nuevo y que propicia la prolongación de ese discurso interminable pero, detrás de eso que dice, hay algo que le retira la palabra, ese discurso precisamente sin derecho, sin signos, ilegítimo, mal venido, de mal augurio y, por esa razón, obscuro, siempre de decepción o de ruptura.

En cierta manera debe responder a esa otra palabra, palabra de Otro, que él no puede sin embargo hacer entender directamente: respondiendo, sabe sin saberlo, que no está sólo él injustificado, sin garantía y sin ataduras y de alguna manera herido de inexistencia, sino también en relación con eso que está interdicto en la sociedad donde posee esa “función”, ya que él no habla más que en la insistencia de ese no-discurso insolente, inerte, disidente que, así como Hegel lo sugiriera para otro empleo, es, en pleno día, la decisión del “atardecer”. (Blanchot, M., 1971)

Esta referencia al lugar vacío, no logra conservar la unidad de las disciplinas. Tan pronto como se avanza hacia latitudes conceptuales, discurso analítico, literario y filosófico se desencuentran, convertidos en interlocutores. Refiriéndose al cruce del psicoanálisis con la fenomenología específicamente, Muñoz destaca en Lacan su posición *hereje* respecto a esta disciplina, yendo más allá de sus postulados pero *no sin servirse de ella y de su método*. (Muñoz, P., 2015)

Siguiendo esa pista, las exposiciones filosóficas que siguen, conservan las huellas de la tensión teórica que le permitió a Lacan en el seminario 10, diferenciar la angustia como concepto y como fenómeno. La propuesta es *hacer justicia* con aquellos precursores (Lacan, L., 1970) desde una deslectura, es decir, establecer una cartografía a partir del texto fallido, desprendida

de los antecedentes y advertida de la trampa de la aplicación. Hacia mediados del siglo XIX, la reflexión de Søren Kierkegaard sitúa a la angustia como un elemento crucial de la existencia. En el texto publicado en 1844 *El concepto de angustia*, desafía los dilemas asociados a este campo semántico y revisa cada uno de los bordes hasta delimitar su especificidad; tarea innovadora en la historia de la filosofía, ya que hasta el momento solo había sido objeto de una reflexión en conjunto con otras emociones y vivencias, mas cercanas a la experiencias místicas que al pensamiento filosófico. Allí, Kierkegaard argumenta:

Casi nunca se ve tratado el concepto de la angustia dentro de la psicología; por eso mismo debo llamar la atención sobre la total diferencia que intercede entre este concepto y el del miedo, u otros similares. Todos estos conceptos se refieren a algo concreto, en tanto que la angustia es la realidad de la libertad en cuanto posibilidad frente a la posibilidad. Esta es la razón de que no se encuentre ninguna angustia en el animal, precisamente porque este, en su naturalidad, no está determinado como espíritu. (p. 50).

Para el danés, la existencia precede a la esencia: estamos en primer lugar arrojados a la vida, luego, el ser sobreviente como resultado de sus actos. Entiende a la angustia como un fenómeno que forma parte de la existencia humana, y lleva esta premisa al extremo, aseverando que su determinación conceptual nos conduce a la comprensión misma del hombre. Enfrentado a la angustia, el ser humano abandona el estado consustancial y se abre la posibilidad de una vuelta sobre sí. El valor potencial de la angustia es el resultado de una conjugación heterogénea del hombre: *Todo depende de lo que se haga patente la angustia. El ser humano es una síntesis de lo anímico y lo corporal.* (p.137) La fragilidad en su composición, es la oportunidad revelada de la desproporción entre cuerpo y alma. Producto de tal desequilibrio, emerge la angustia.

La angustia kierkegaardiana en relación al objeto parte de una concepción que distingue claramente la angustia de las demás emociones. El miedo es suscitado por un objeto preciso, mientras que la angustia no responde a un elemento óptico. Kierkegaard en torno a los miedos precisa: *estos refiérense siempre a algo determinado, mientras que la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad.* Para iluminar aun mas el planteo, traza los contornos del objeto, orillándonos a la nada. La nada es el objeto de la angustia. *Si ahora, concretando más, preguntamos cuál es el objeto de la angustia, la respuesta no puede ser otra que la de siempre: ese objeto es la nada. Porque la angustia y la nada son siempre correspondientes entre sí.* (p. 116). Sin embargo, el fundador del existencialismo, hace declinar sus pronunciamientos hacia el horizonte de las garantías: Dios, y la fe como única fuente de verdad para salir de este momento errático de angustia, anonimato e indiferenciación.

Si la fe cristiana ocupa un lugar privilegiado en la obra de Kierkegaard, Sarte podría ser definido como aquel existencialista

francés, que devolvió a esta corriente filosófica, a mediados del siglo XX, el brillo perdido. La vecindad de la enseñanza de Lacan y los planteos sartreanos no se sostiene entre luces, mas bien la avivan sus sombras. Sus mutuas alusiones delatan una lectura marcada por la irreverencia.

El existencialismo ateo, retoma los lineamientos nietzscheanos del “Dios ha muerto” y afirma que, si no hay tal supremo, no hay una esencia de hombre que de cuenta de la existencia de cada particular, *el hombre como un ser libre es una consecuencia inevitable del ateísmo.* (1946) Tal idea permite desbrozar por un lado la ausencia de cualquier tipo de determinismo, y por otro, comprender la premisa fundamental de la obra sartreana: que el hombre mismo no es sino libertad. Ubica a la libertad una categoría antropológica fundamental y a renglón seguido acompaña a la máxima condición humana: la angustia, con las vivencias de desamparo y desesperación.

Diremos brevemente que la desesperación alude a aquella elección de nuestro ser, la cual no debe descansar en la esperanza ingenua de su realización inexorable. No hay un Dios que garantice, ni resguarde al hombre de los avatares de la vida; por lo tanto, los resultados dependen de la voluntad de cada quien. La desesperación refiere además a la presencia de imprevistos, imponderables que escapan del trazo anticipado del hombre.

Para reflexionar en torno al desamparo, Sartre retoma de la novela *Los hermanos Karamazov*: ¿qué será del hombre, después, sin Dios y sin vida futura? ¿Así, ahora todo está permitido, es posible hacer lo que uno quiera? (Dostoyevski, 1880) y proclama que éste es el punto de partida del existencialismo. Frente a la negación de la existencia divina, no hay prohibición, y de allí lo que el ser humano experimenta de modo paradójico: si bien las acciones de los hombres no soportan el peso de la ley suprema; tampoco pueden refugiarse en la moral balsámica ungida por los credos. *El hombre, sin ningún apoyo ni socorro, está condenado a cada instante a inventar al hombre.* (Sartre,1945) El ser humano está condenado a ejercer la libertad, a elegir, el lado que cae la moneda es el resultado de su decisión que gira en el aire.

Ahora bien, llegamos al blanco de nuestro interés: ¿Cómo define Jean-Paul Sartre a la angustia? En el texto quizás mas sobresaliente de su obra “El ser y la nada” expone:

La angustia es, pues, la captación reflexiva de la libertad por ella misma; en este sentido es mediación, pues, aunque conciencia inmediata de sí, surge de la negación de las llamadas del mundo; aparece desde que me desprendo del mundo en que me había comprometido, para aprehenderme a mí mismo como conciencia dotada de una comprensión preontológica de su esencia. (p.8384)

La angustia ocupa un lugar central en los desarrollos sartreanos y llegan a declarar que el hombre es angustia. Distingue, como todos los existencialistas- la angustia del miedo; el miedo aparece bajo la condición de la materialidad, entañando en su delimitación semántica el peligro y el daño que la realidad pueda

infligirnos ; mientras que la angustia -en contrapartida -emerge como miedo de sí mismo, de las decisiones, y las consecuencias que de ellas derivan.

Sartre asume además, que la angustia en tanto - emoción o sentimiento- resulta de la conciencia de libertad. Al elegir libremente, nos convertimos en legisladores de nuestros actos; por lo que siempre deberíamos cuestionarnos: *Dado que con mi acción supongo que todo hombre debe actuar así, ¿tengo derecho a que todo hombre actúe así?*. (1945). La angustia es percibida como la sensación de vértigo que invade al hombre cuando éste -advertido de su libertad- se reconoce como el único responsable de las propias decisiones y acciones. Quien se doblega frente al horror de éste sentimiento y huyendo de la angustia niega la libertad, solo escapará al rechazo y la evasión angustiada. La búsqueda descarnada de socorro y amparo en el letargo objetivo, afirmandose al margen de todo valor, es lo que el existencialista ateo llamó el *espíritu de la seriedad*.

En la seriedad, me defino a partir del objeto, dejando a un lado *a priori* como imposibles todas las empresas que no voy a emprender y captando como proveniente del mundo y constitutivo de mis obligaciones y de mi ser el sentido que mi libertad ha dado al mundo. En la angustia, me capto a la vez como totalmente libre y como incapaz de no hacer que el sentido del mundo le provenga de mí. (p.8384)

Antes de asumirse como el último testigo, Lacan nos invita a revisar las elaboraciones de Martin Heidegger en torno a la angustia: Hay también alguien a quien no he introducido en la serie y de quien diría, ya que me limito a abordar, el fondo de un cuadro tocándolo de entrada, que en referencia a él los filósofos que nos observan, en el punto al que estamos llegando pueden decirse- ¿están los analistas a la altura de lo que nosotros hacemos con la angustia? Está Heidegger. Con mi calambur sobre la palabra *jeter*, de quien más cerca me encontraba era de él y de su desamparo original. El ser para la muerte —para llamarlo por su nombre— que es una vía de acceso por la que Heidegger, con su avezado discurso, nos conduce a su interrogación enigmática sobre el ser del ente, no pasa verdaderamente por la angustia. La referencia vivida de la interrogación heideggeriana, el la nombró, ella es fundamental, es de todos, es de on, de la omnitud de la cotidianeidad humana, es la preocupación (*souci*). Por supuesto, a ese título, no podría, como la preocupación misma, sernos ajena. (Lacan, 1962)

Para arribar a la delimitación de la angustia en Heidegger, es preciso en primer término, pasar por algunas argumentaciones. En uno de sus textos capitales *¿Qué es la Metafísica?* (1929) la angustia surge como consecuencia y se ubica en el horizonte causal de la nada; esa nada que impotentiza a la pregunta y exige de la respuesta la fractura del entendimiento.

¿Qué es la nada? Ya la primera acometida nos muestra algo insólito. De antemano, suponemos en este interrogante a la nada como algo que “es” de éste u otro modo, es decir, como un ente. Pero, precisamente, si de algo se distingue es de todo ente. El

preguntar por la nada -qué y cómo sea la nada- trueca lo preguntado en su contrario.

El pensamiento, cuyo fundamento reclama un objeto, enfrentado a la nada sufre la repulsa de su condición absoluta. Así Heidegger, apoyándose en la lógica, define a la nada como *la negación de la omnitud del ente, es sencillamente el no ente*. (1929, p.22) El vaciamiento como origen y no el efecto desencadenado de una afirmación primigenia, desliga a la nada de un parentesco con la negación. Es en tanto núcleo vacío de pensamiento, *experiencia radical* de suspensión, como la nada nos arroja a la imprevisibilidad de sus abismos. ¿Hay en la existencia del hombre un temple de ánimo tal que lo coloque inmediatamente ante la nada misma? Se trata de un acontecimiento posible y, si bien raramente, real, por algunos momentos, en ese temple de ánimo radical que es la angustia. (p.24) La angustia para Heidegger será entonces, indeterminación. Escapa al desfile de imágenes y palabras que nos hacen actuar cobardemente el miedo.

Todas las cosas como nosotros mismos se sumergen en una indiferenciación. Pero no como si fuera un mero desaparecer, sino como un alejarse que es un volverse hacia nosotros. [En] Este alejarse el ente en total, que nos acosa en la angustia, nos oprime. No queda asidero ninguno. Lo único que queda y nos sobrecoge al escapárenos el ente es este “ninguno”. La angustia hace patente la nada. Estamos “suspensos” en angustia. [...] Por esto, en realidad, no somos “yo” ni “tú” los desazonados, sino “uno”. Sólo resta el puro existir en la conmoción de ese estar suspenso en que no hay nada donde agarrarse. (Heidegger, 1974 p. 51)

Podemos sumar a esta formalización conceptual heideggeriana otro núcleo central en torno a la angustia, entendida ésta como la percepción de la propia existencia inauténtica. Se trata de aquel sentimiento que revela al *Dasein* su ser para la muerte y mantiene la posibilidad abrumadora de *ya no ser* más. Si la muerte angustia es porque ella implica una anticipación de la nada. En la muerte se ve amenazada la existencia de forma total; la muerte advierte la posibilidad de, por así decir, desistir por completo. Este postulado no contraría la tesis de que a la angustia se presenta sobre una falta de objeto, sino todo lo contrario: se puede sostener que la angustia es *angustia-ante-la-muerte* pero precisamente porque la muerte es potencia y garantía del vacío absoluto.

Con estas referencias existencialistas y a pesar de ellas, Lacan se ubica como cuarto testigo, asumiendo que la refrenda filosófica valida lo que serán sus postulados; aún cuando les impute estar atravesando un momento de degradación. *Es debido a este desasosiego, en su sentido etimológico, como nace y se precipita la reflexión existencialista*. (Lacan, 1962) En un juego de superposiciones, pone en relación la “prisa” y “desasosiego” existencial con la angustia de Juanito, a la vez que toma el término *Krawallmachen* emparentado semánticamente con el tumulto y el ruido desordenado. El carácter inquietante del *Krawall* y su crítica al existencialismo confluyen en la prisa y

la vacilación. Tanto el apremio como el giro conclusivo bordean los límites y se revelan insuficientes cuando llega a su turno la angustia.

1 Dasein es una expresión alemana que significa “ser- ahí”, “aquí”, “allí”, Heidegger la utiliza para comprender la existencia humana, ser en el mundo, es la conciencia que determina al ser a través de la continuidad en el tiempo y en el espacio, es la existencia de sí, es estar ahí. (Safranski. 1997. p. 543)

De la falta a la falta: la angustia freudiana en espiral

Cuando el caminante canta en la oscuridad, desmiente su estado de angustia, mas no por ello ve más claro. (Freud, 1924 [1925])

Freud se aboca en diferentes momentos de su obra a definir a aquello que se presenta en sus pacientes de manera inconsulta. A esa emoción que con puño implacable quiebra los espejismos de las identificaciones y rompe el cristal complaciente que reflejaba hasta allí, una totalidad ilusoria arrojándonos no al silencio, sino a lo mudo.

Con admirable claridad en la transmisión, Freud nos conduce sobre un concepto de angustia que irá modificando, tanto en su definición, como en sus causas y manifestaciones clínicas. Es en el Manuscrito E -producto de su correspondencia con Fliess - donde traza sus primeras formulaciones ¿Cómo se genera la angustia?. A este título le siguen una serie de observaciones que se disponen estratégicamente en torno a la siguiente afirmación: Toda vez que una tensión sexual física no puede devenir afecto, en virtud de una tramitación psíquica, la sexualidad corre el velo de las palabras, de las imágenes y sus sombras y nos enfrenta de modo inequívoco con la angustia. La epístola concluye con un compromiso de profundizar en las aguas de un término prematuramente extrapolado al psicoanálisis:

He aquí hasta dónde he llegado hasta la fecha; quedan muchas lagunas que colmar y siento que la explicación es incompleta, que le falta algo; pero creo que su fundamento es exacto. Por supuesto que está muy lejos de haber alcanzado la madurez necesaria para la publicación. Toda clase de sugerencias, ampliaciones y hasta refutaciones y aclaraciones serán recibidas con suma gratitud. (Freud, 1894)

En *La interpretación de los Sueños* (1900) ubica la angustia en relación al deseo, al tiempo que reconoce que la articulación entre estos operadores conceptuales se presentan como límite y detención de sus desarrollos:

El material a que adhieren será retrabajado hasta que pueda usárselo para expresar el cumplimiento de deseo. Cuanto más intenso y dominante sea el elemento del talante apenado en el interior de los pensamientos oníricos, con tanto mayor seguridad las mociones de deseo más sofocadas aprovecharán esa oportunidad para llegar a figurarse, puesto que por la existencia actual del displacer, que de lo contrario ellas producirían por sí

mismas, tienen ya finiquitada la parte más gravosa del trabajo que les implicaría irrumpir hasta su figuración. Y con estas elucidaciones rozamos de nuevo el problema de los sueños de angustia, que mostrarán ser el caso límite en cuanto a la operación onírica. (p.481)

Una nota al pie de 1919, conserva un resto, un punto de opacidad y de indeterminación, respecto de la angustia. Allí Freud nos advierte -refiriéndose a los deseos- que *la realización de los mismos no puede procurarle placer alguno, sino todo lo contrario, y la experiencia nos muestra que este afecto contrario, que permanece aún inexplicado, se manifiesta en forma de angustia.* (p.968) Referencia fuertemente kierkegaardiana, la angustia se presenta aquí, como un terror nunca disipado frente a una *ley que es tentación*, como una experiencia de pánico frente al deseo. (Vasallo, 2009)

En *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909) reconoce el valor defensivo de la fobia frente al deseo y ubica a la angustia como impasse entre uno y otro. El afecto desligado de aquello reprimido no deja de tener un borde, una negatividad previa a la localización en un objeto. Como en la Histeria, la Obsesión y la Paranoia, aquí la representación es sofocada con la marca diferencial de que la libido asociada es descargada como angustia. Ella se justifica por el pleno acuerdo entre el mecanismo psíquico de las fobias y de la histeria, salvo en un punto pero un punto decisivo y apto para establecer la separación. Y es este: la libido desprendida del material patógeno en virtud de la represión no es convertida, no es aplicada, saliendo de lo anímico, en una inervación corporal, sino que se libera como angustia. (1909, p.94)

Sin embargo -tal y como lo señala Strachey al momento de prologar *Inhibición, síntoma y angustia-* podemos subrayar anticipadamente, una vacilación clave respecto a la causa de la angustia. En una carta a Fliess del 14 de noviembre de 1897, Freud comunica un pensamiento que pone en tensión sus desarrollos: *De acuerdo con ello, he resuelto considerar en lo sucesivo como factores separados lo que produce libido y lo que produce angustia.* (Freud, 1950, Carta 75)

En los años que siguen, Freud continúa construyendo elaboraciones que le permiten establecer y precisar las bases de lo que constituirá el próximo giro conceptual, representado por *Inhibición, Síntoma y Angustia*. Entre las primeras elaboraciones y las últimas podemos ubicar transiciones, la progresión -que anida siempre un movimiento regresivo- y el retroceso teórico- que acusa inevitablemente una anticipación. Quizás sea por la advertencia de Lacan, que antes del salto, subrayamos como paso decisivo: *Lo ominoso* (1919). *Es un artículo que nunca he oído comentar, y a propósito del cual nadie parece haberse percatado siquiera de que es el eslabón indispensable para abordar la cuestión de la angustia.* (Lacan, 1962)

Freud da inicio a éste texto retomando una definición de Schelling que afirma que *unheimlich* es todo lo que estando destinado a permanecer en secreto, oculto, sale a la luz. Luego de

un recorrido lento por situaciones que hacen equilibrio entre lo agonal y el terror; se detiene en el cuento de Hoffmann “El hombre de la arena”. Si bien Jentsch lo trae a colación del horror que provoca “la duda sobre si en verdad es animado un ser en apariencia vivo, y a la inversa, si no puede tener alma cierta cosa inerte”- aludiendo al personaje de Olimpia- Freud destina especial interés al Hombre de la arena que arranca los ojos a los niños. El miedo a perder los ojos ,aclara el texto, se trata de una angustia infantil que frecuentemente pervive en algunos adultos; recordemos el ejemplo del mito Edípico y su abominable modo de castración -a saber- el protagonista arrancándose sus propios ojos.

A renglón seguido Freud se ocupa de manera decidida al desdoblamiento, a la aparición del doble en el episodio ominoso. Durante el análisis del fenómeno, destaca dos aspectos a tener en cuenta: Primero, la identificación con el otro en sobradas ocasiones , se radicaliza a hasta ubicar el propio yo en un lugar ajeno, y segundo, la aparición del doble, como operador que anuncia la muerte.

Para Freud hay , por lo tanto, dos fórmulas que condensan lo esencial de lo siniestro: primero, su teoría de la angustia, según la cual cualquier impulso emocional es convertido en angustia por la represión, pero lo angustioso en sí es aquello reprimido -la castración -que retorna. Lo cual, la segunda fórmula, nos ayuda a comprender por qué en el lenguaje corriente se puede pasar de lo familiar (*Heimlich*) a lo siniestro (*Unheimlich*): el lenguaje nos hablaría más bien de “lo extrañamente familiar”. Freud relaciona este sentimiento siniestro con la emergencia de lo más íntimo, lo reprimido que sale a la luz cuando no debiera. Su análisis del fenómeno del doble, subraya muy bien lo que se refleja en la literatura, quizá porque ella es ya un reflejo de lo que se nos presenta en la fenomenología clínica: la aparición impactante de “otro yo”, la constatación de la rivalidad con el otro, el desenlace de la trama mediante la aparición de la muerte (solución hegeliana: muerte como amo absoluto), la aparición sorpresiva de un elemento de repetición. (Muñoz. P, 2013)

La última detención, antes de entrar en las profundidades del texto Inhibición, síntoma y angustia es el capítulo V del texto El yo y el Ello, allí Freud , introduce un planteo inédito hasta el momento; sostiene que el yo es el único almacén de la angustia. Ésta definición es fundamental, en la medida que ya no se trata de la descarga de la libido reprimida en forma de angustia, sino que la angustia parte del yo. Es esta instancia psíquica la que al recibir estímulos internos y externos también lanza una advertencia sobre el peligro inminente . ¿Y cómo realiza esa advertencia? produciendo angustia. El mecanismo que se pone en marcha es el siguiente: *Amenazado por tres distintos peligros, desarrolla el yo el reflejo de fuga, retirando su carga propia de la percepción amenazadora o del proceso desarrollado en el ello y considerado peligrosa y emitiendo angustia.* (Freud, 1923)

Inhibición, síntoma y angustia (1926), aquí haremos la última detención en este recorrido freudiano. Se trata de un texto ca-

pital en el que Freud, al modo de un ajedrecista, presenta su ternario, con sus funciones y movimientos al tiempo que instituye- sin reservas, tres operadores clínicos sobre el tablero de las nuevas instancias psíquicas.

A diferencia del síntoma, cuyas motivaciones están descentradas de la gravitación yoica, la angustia y la inhibición resultan de su conocido vasallaje, pero también de sus poderes transferidos. Tanto la inhibición - definida como un repertorio de limitaciones a las funciones yoicas- como la angustia -de la cual el yo es su almacén- requieren de la constitución del yo. De este postulado se ubica a la angustia sobre un filo, es secundaria respecto al yo como efector de la represión, al tiempo que -ligada a la castración- es causa de represión. Refiriéndose a Juanito como al Hombre de los lobos refrenda su teoría anterior:

En ambos casos, el motor de la represión es la angustia frente a la castración; los contenidos angustiantes -ser mordido por el caballo y ser devorado por el lobo- son sustitutos desfigurados {dislocados} del contenido «ser castrado por el padre». Fue en verdad este último contenido el que experimentó la represión. En el ruso, era expresión de un deseo que no pudo subsistir tras la revuelta de la masculinidad; en Hans, expresaba una reacción que trasmudó la agresión hacia su parte contraria {die Aggression in ihr Gegenteil umwandelte}. Pero el afecto-angustia de la fobia, que constituye la esencia de esta última, no proviene del proceso represivo, de las investiduras libidinosas de las mociones reprimidas, sino de lo represor mismo; la angustia de la zoofobia es la angustia de castración inmutada, vale decir, una angustia realista, angustia frente a un peligro que amenaza efectivamente o es considerado real. Aquí la angustia crea a la represión y no -como yo opinaba antes- la represión a la angustia.

Lo angustiante para Freud gira entonces, en el remolino inminente de la pérdida, la experiencia de constatación del padre y su trascendencia respecto al deseo. *No se puede remover al padre: aparece siempre, toda vez que quiere.* (Freud, 1924, p.119) Los artificios de la fobia y sus huidas , la histeria y su sugestión desesperada y de la neurosis obsesiva con sus ecos tormentosos, señalan el camino de la castración como causa eficiente; donde las diferentes alternativas de la existencia no consiguen disimular su condición humana, cuando la angustia recoge sus velos.

Angustia : el objeto sin sombra

La angustia, excepción de excepciones, es el fundamento sin fundamento de nuestras certidumbres. (Ritvo, 2005)

Tratándose de un recorrido por aquella clase inaugural del 14 de noviembre de 1962, ahora toca a su turno, conducirnos hacia los pronunciamientos del último testigo. Lacan nos presenta la

angustia en relación al fantasma, compartiendo la estructura con ese par radicalmente heterogéneo (S/ <> a) donde dos elementos puestos en relación, construyen una pantalla, que vela y revela, la insuficiencia de un sistema: el agujero real en lo simbólico, producto de la constitución del sujeto en el campo del Otro. Es a partir de este presupuesto, que *la angustia en la red de los significantes*, como oportunamente ha decidido llamar Miller a esta introducción, comienza a integrarse progresivamente en la orientación clínica. Por lo tanto, el lugar central no lo toma el concepto, siempre controversial en psicoanálisis, sino operadores que nos permiten acercarnos donde el borde no implica cambio de textura, sino límite al vacío.

Veremos introducirse la función de la angustia. No es que sea en sí misma su resorte, es lo nos permite orientarnos en función de los momentos de su aparición [...] Ver en qué puntos privilegiados emerge nos permitirá modelar una verdadera orografía de la angustia. (Lacan, 1962, p. 15)

Rizomáticamente, el fantasma, que implica una respuesta del Sujeto frente a la interpelación del Otro; en su descomposición entraña, a la inminencia de la falta radical en su indeterminación, previa a la falta que encauza el deseo. *Relación esencial de la angustia con el deseo del Otro*. (p.13) La angustia implica la articulación del Sujeto con el Otro, por fuera de lo simbólico. Punto de escape de la estructura, *por tener un modo de existencia propia, que no es significativa*. (Kuri, 2016)

Revistiendo yo mismo ante ustedes la máscara animal con que se cubre el brujo de la gruta llamada de los Tres Hermanos, me imaginé frente a otro animal, éste de verdad, que supuse gigante en aquella ocasión, una mantis religiosa. Como yo mismo no sabía qué máscara llevaba, pueden imaginarse fácilmente que tenía alguna razón para no estar tranquilo, ante la posibilidad de que, por azar, aquella máscara fuese impropia, induciendo en mi *partenaire* algún error respecto de mi identidad. La cosa quedaba acentuada por lo siguiente, que añadí, yo no veía mi propia imagen en el espejo enigmático del globo ocular del insecto. (p.14) Como decía Hans Blumenberg, la metáfora, se trata de la irrupción en el vacío y se proyecta sobre la tábula rasa de los teóricamente incompletable. Este apólogo hace intervenir los tres registros propuestos por Lacan y perfila a la angustia como momento de suspensión imaginaria y simbólica; encrucijada que arrastra al Sujeto a su reducción como puro objeto del Otro. Frente al ¿Che voi? la angustia como eclipsamiento, momento ideal donde la repetición se detiene, las imágenes serviles de las identificaciones se disipan, y el trazado habitual de la pulsión se desarticula por no hallar el conocido destino que le atribuye Freud.

Matriz de la angustia: entre el replegamiento y la precipitación. Una mínima puntualización preliminar le permite a Lacan ampliar el tablero de ajedrez freudiano de Inhibición, Síntoma y Angustia e introducir una variante respecto a su homogeneidad.

No voy a entrar en este texto, porque hoy estoy decidido, como lo ven ustedes desde el comienzo, a trabajar sin red, y no hay tema en el que la red del discurso freudiano esté más cerca de darnos una falsa seguridad. Cuando entremos en este texto, verán precisamente lo que hay que ver a propósito de la angustia, a saber que no hay red. Tratándose de la angustia, cada eslabón por así decir, no tiene otro sentido, que el de dejar caer al vacío donde está la angustia.

En el discurso de Inhibición, síntoma y angustia, se habla, gracias a Dios de todo menos de la angustia. Trabajar sin red evoca al funámbulo. Me limito a tomar al modo de cuerda, el título Inhibición, síntoma, angustia. salta al entendimiento, si me permiten la expresión, que estos tres términos no están al mismo nivel. resultan heteróclitos, por eso los he escrito en tres líneas escalonadas. (p.18)

Despuntando esta matriz, en el andarivel de la dificultad -entendida ésta como detención del deseo- encontramos en primer término a la *inhibición*, un punto de renuncia respecto al movimiento. Lacan se refiere a la inhibición con un indicador clínico: *Nuestros sujetos están inhibidos cuando nos hablan de sus inhibiciones [...] pero cada día, ciertamente, están impedidos*.(p.18) Articulados inhibición y síntoma, se presenta el *impedimento*, descendencia etimológica de *impedicare*, que evoca a una trampa, trampa de la captura narcisista en una imagen especular. *El impedimento entraña un no poder, para no dañar la imagen narcisista*. (Muñoz, 2009) Se trata de una vivencia imaginaria de la castración; que resguarda al Sujeto en su posibilidad de retiro, en oposición al *embarazo* que presentifica la experiencia de castración sin parapetos. *Se trata ciertamente de la experiencia de la barra*.

En el vector del movimiento la inhibición también encabeza su direccionalidad; seguida de la *emoción*, que podríamos comprender como la impresión del movimiento subjetivo, pero que en su trayecto se desvía respecto del deseo. Identificamos clínicamente aquí a las crisis histéricas y las acciones obsesivas donde lo pulsional gobierna el movimiento errante. En la *turbación*, el deseo se presenta absolutamente descoordinado; se trata de una caída pronunciada de su potencia; manifestándose como el trastorno de acceder a un acto opuesto a la naturaleza del sujeto del inconsciente. *El turbado hace, hay acción pero desorientado, no dice ni hace lo que quiere decir y hacer, pero dice y hace*. En la *etimología Lacan señala puntos de contacto con otros términos que nos sugieren que el sujeto turbado está al borde del desmayo, un estado de perplejidad como cuando se deja de contar con un recurso de un instante a otro*. (Muñoz, 2009)

Esta lectura macular del cuadro nos conduce al centro donde gravitan los desarrollos previos: la angustia; en ella se condensa la discontinuidad de la estructura por la fuga significativa y su temporalidad entre la inminencia y el suspenso. Miguel de Unamuno arroja una frase exquisita que nos permite fantasearla

pronunciada por Lacan : *El hombre es el animal hipócrita por excelencia. El lenguaje le ha hecho hipócrita, porque le ha dado la posibilidad de ocultarse y disfrazarse.* (1907)

Lacan apunta directamente al blanco: *la angustia, ¿qué es? Hemos descartado que sea una emoción. Para introducirla, diré que es un afecto.* (1962, p. 22) Es un afecto -pero que a diferencia de los otros que se presentan de modo pulsional, tramitados por lo simbólico, por el significante- no engaña tras los señuelos imaginarios, y se cuela por los agujeros de la trama significativa. La angustia es índice de lo real.

La angustia es ese corte- este corte neto sin el cual la presencia del significante, su funcionamiento, su surco en lo real, es impensable es ese corte que se abre y deja aparecer lo que ahora entenderán ustedes mejor, lo inesperado, la visita, la noticia, lo que expresa tan bien el término presentimiento, que no debe entenderse simplemente como el presentimiento de algo, sino también como el pre-sentimiento, lo que está antes del nacimiento de un sentimiento. [...] A fin de cuentas ésta es la verdadera sustancia de la angustia, *es ese lo que no engaña*, lo fuera de duda (p.87)

Retrocedamos al *unheimlich* freudiano, ¿Acaso no se trata de aquella presencia que como condición necesaria debe ser familiarmente siniestra? lo siniestro como una forma de lo angustioso; para Lacan es la figura más consistente de la angustia.

Pues bien, Lacan articula que tal presencia es la del objeto *a*.

Objeto que aparece donde debía mantenerse la dimensión de la falta (-f). Lo *unheimlich* es lo que surge en el lugar donde debía estar el (-f). De donde todo parte, en efecto de la castración imaginaria, porque no hay imagen de la falta y con razón. Cuando algo surge allí, lo que ocurre, si puedo expresarme así, es que la falta viene a faltar. (p.52)

La angustia no es sin objeto, *tal es exactamente la fórmula de la que debe suspenderse la relación de angustia con un objeto [...] no es ahí sin tenerlo pero por otra parte - ahí donde está, eso no se ve.* (p.101) Lacan alude con este postulado a que en la angustia hay un objeto ; pero su consistencia es distinta a todos los objetos. Es un objeto lógico, en su dimensión real y lo que nos orienta en este punto, no es la experiencia , es el significante y el tiempo entre espera y proximidad.

Lo genial de la obra lacaniana es esto: de lo que está por faltar hace una estructura, que sea estructura no contradice que sea algo del suspenso, porque es la estructura de esa inminencia lo que nos impide que confundamos el objeto como causa de deseo, con el objeto que está adelante. ¿Cuál es ese objeto que está delante? no es un representante, es algo que es más tiempo que representación. Lo que pesa es el grado de inminencia, más que la naturaleza recortable del objeto. (Kuri,1994)

El objeto *a* como referente- como quien inaugura el lugar del objeto- está irremediamente perdido. De esta nostalgia nos despabila Lacan; Freud estaba advertido de tal pérdida, pero creía en el reencuentro a través de los objetos de la pulsión , aquí reside el engaño freudiano . En psicoanálisis, no se trata de ocultar la sustracción primera con palabras e imágenes cautivantes, que hacen resplandecer al yo entre omnipotencia y responsabilidad , sino ofrendar el vacío para que desde la red tendida de los significantes se ponga en juego la pérdida estructural, de lo que ya nada puede predicarse. *Es difícil reunir a un hombre, faltan piezas irremplazables.*

BIBLIOGRAFÍA

- Bagioni, A. (1967). El humo. Buenos Aires. Ed: Emece.
- Blonchot, M. (2019). El discurso filosófico en Konvergencias, Filosofía y Culturas en Diálogo, Número 28, Abril 2019 | 93. N° 28. Buenos Aires.
- De Unamuno, M. (1907). El sentimiento trágico de la vida. Ed: Austral.
- Dostoievski, F. Los hermanos karamázov, edición de Natalia Ujánova, Barcelona, Ed. Cátedra.
- Eurípides (431 a.C). Medea. Tragedias III. Ed:Cátedra.
- Freud, S. (1894 [2008]). Cartas a Fliess en Obras Completas. Tomo I, Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1909 [2008]). Análisis de la fobia de un niño de cinco años en Obras Completas, Tomo X, Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1917 [2008]). Conferencia XXV: La angustia Obras Completas Tomo XVI. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1919 [2008]). Lo ominoso en Obras Completas Tomo XVII. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1923 [2008]). El yo y el ello en Obras Completas Tomo XIX. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Freud, S. (1925 [2008]). Inhibición Síntoma y Angustia en Obras Completas Tomo XXI. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.
- Heidegger (1927 [2009]). El ser y el tiempo. Buenos Aires. Ed. Fondo de Cultura Económica.
- Kierkegaard, S. (1845 [1985]). El concepto de la angustia, Buenos Aires, Ed. Orbis
- Kuri, C. (2016). Nada nos impide, nada nos obliga. De la contingencia en psicoanálisis. Rosario. Ed: Nube negra.
- Kuri, C. (2022). Archivo metapsicológico. Vol. 2. La pulsión. Multiplicación y anacronía del concepto. Ed: Otro Cauce.
- Lacan, J. (1962-1963 [2018]). Seminario 10: La angustia. Buenos Aires: Paidós.
- Muñoz, P. (2009). La invención lacaniana del pasaje al acto. De la psiquiatría al psicoanálisis. Buenos Aires. Ed: Manantial.
- Muñoz, P. (2013). Acerca del fenómeno del doble. Revista de Filosofía y Psicoanálisis Año 3, No. 3, 2013. Recuperado de www.publicacionescientificas.uces.edu.ar
- Muñoz, P (2015). (Des)encuentros entre fenomenología y psicoanálisis. Volumen I y II. ISBN: 9789502323060 - Tema: PSICOLOGÍA - Ed: EUDEBA.



-
- Sartre, J. (194). El ser y la nada. Buenos Aires. Ed. Sur.
- Sartre, J. (1945). El existencialismo es un humanismo. Buenos Aires. Ed. Sur.
- Sófocles. (430a.C). Edipo Rey Ed. Lucina.
- Ritvo, J. (2005). Entrevista. Recuperado de <https://www.elsigma.com/entrevistas/entrevista-a-juan-ritvo/7602>
- Ritvo, J. (2021). Orfeo o el nacimiento de la noche. Buenos Aires. Ed: 17g.
- Safranski (1997). Un maestro de Alemania. Martín Heidegger y su tiempo. Barcelona: Tusquets. Traducción: Raúl Gabás.